

Octavio Campero Echazú: La sensual claridad



TERCERA DE CUATRO PARTES

A su retorno a Sucre, y seguramente por ciertas resonancias de lo visto en Chile, con otros universitarios, Octavio y Alberto, no temieron en oponerse a las desigualdades típicas de aquellos tiempos. Ya antes de su viaje a Santiago, el poeta era conocido como dirigente y activo luchador por la autonomía universitaria; a más de haber sido Presidente de la famosa Academia Carolina. Alberto regresó a Chile, creo que al mismo tiempo que Mario Estenssoro; el primero para estudiar Medicina, y el segundo para ingresar al Conservatorio de Música. Además, el primo Echazú, ya de vuelta en Sucre, fue inclinándose por las ideas socialistas, aunque como ocurría con Octavio, ninguno de los dos congenió con el marxismo de los dogmas leninistas y stalinianos.

Esas actividades, no relegaron de ningún modo las razones de su formación vocacional. En Sucre se relacionó Octavio con maduros maestros de la poesía boliviana: Nicolás Ortiz Pacheco y Gregorio Reynolds; así como hizo amistad con los sociólogos y filósofos. Ignacio Prudencio Bustillo, Luis Arce Lacaze, Luis Carranza Siles, Rafael García Rosquell, Guillermo Francovich y Julio Alvarado, uno de sus más cercanos amigos. Pero fue con Alfredo Vargas y el aún joven Guido Villa-Gómez con los que más congeniaba. Con ellos, y con Mario Estenssoro y Alberto Echazú, participó en las empresas culturales realizadas en la Capital, así como en otras de estricto carácter literario. Mantuvo desde entonces una muy estrecha amistad con otros paisanos; Alberto Azurduy y Francisco y Carlos Lazcano. Años más tarde, ya radicado en Tarija, conoció y tuvo una larga relación fraternal con el Dr. Wolfgang Hirsch, un exiliado judío-alemán de notoria carrera universitaria y política en su patria.

En cuanto a su primo, titulado de Médico y por sus investigaciones lingüísticas, prefirió dedicarse más a la cátedra universitaria y al profesorado en la Escuela Normal. Parece ser que gracias a él, Octavio también ingresó a esa Institución como profesor de Literatura y Gramática, luego de haber sido docente en el Colegio "Junín".

A todo eso, desde 1925 a 1973 se avino a publicar en periódicos y revistas de Sucre y La Paz, y en otras de Buenos Aires, algunos poemas que había leído a sus amigos, tanto en reuniones literarias como en

otras nada formales; como las habidas en los barrios vedados de la vieja Charcas. En verdad, muchos no podían comprender que las vivencias en tales lugares fueran para los poetas necesarios descensos a lo Obscuro, con el fin de acceder a otros conocimientos.

En el transcurso de esos andares, Octavio y Alberto compusieron una serie de cuecas, canciones y balleciatos. Pero tal como vinieron, se perdieron también. Sólo perduró el hermoso balleciato "Infierno Verde". Como es harto sabido aún hoy muchos tienen la osadía de apropiárselo. Según el testimonio de mis padres, Octavio como Alberto, gustaban mucho de las reuniones donde tocaban la guitarra y cantaban -al calor de los vinos y las expansiones tarifeñas. Octavio compuso asimismo unas cuantas piezas de corte clásico que Mario Estenssoro apreció y dio a conocer luego. Por todo eso, no es casual que la poesía de Octavio, aparte de su propia música verbal, sea de tan meloso giro.

Y entonces sobrevinieron los dramáticos sucesos que culminaría con el criminal enfrentamiento entre dos de los pueblos más atrasados y de más adversas historias de Sudamérica. De 1932 a 1935, Octavio vivió en un anodamiento sin salida, y en la dolorosa frustración que todos experimentaron tanto en Bolivia como en el Paraguay. Por su edad y su trabajo pedagógico, recién lo incorporaron en la "Reserva en Comisión" en 1934. Entretanto su primo Alberto sufrió en uno de los frentes del Chaco reales martirios, y salió de las trincheras con una grave enfermedad de la que no se curó jamás.

Pasada la etapa de la desmovilización, en la Normal de Maestros Octavio se enamoró como si todavía fuera el adolescente de "Arias Sentimentales". La enamorada y novia se llamaba Della Zabalaga Canedo, y era de Cochabamba. No bien se tituló de profesora, se casó con el poeta. La boda coincidió con el nombramiento para Octavio de Director del Colegio Nacional "San Luis". Arribados a Tarija los esposos vivieron una temporada en la casona de don Luis Echazú -el tío materno de Campero Echazú y uno de los primeros científicos de Bolivia; ya que, colaborado por su hermano Rosendo, descubrió, estudió y clasificó con tal acierto 2.000 fósiles de la fauna tarifeña del Pleistoceno, que los paleontólogos europeos que los conocieron se quedaron literalmente pasmados. La propiedad de mi abuelo tenía un enorme patio lleno de palmeras y

a su alrededor una infinidad de piezas a lo largo de corredores con arcos. En algunas de esas habitaciones todavía se conservaban esas fantasmagóricas presencias prehistóricas, asombradas ellas mismas de su obligada convivencia con los seres que jamás en millones de años habían visto. En ese ambiente transcurrió la luna de miel de Della y Octavio; y, a pesar de todo, se convirtió en un lugar propicio para recibir a la alada musa que le dictaba los versos de "Amancayas"; cuando, imagino, se desatendía de los ciclópeos huesos y escuchaba los cantos nocturnos del pueblo.

Y, desde entonces, Octavio Campero, Echazú, sin las prisas ni las pausas que recomendaría Goethe, cosechó los poemas con los que ocupó un lugar de singular relieve en la literatura española. Ese gozoso trabajo le fue posible realizarlo debido a la protección que su esposa Della le diera; sobre todo cuando lo liberaba de las disonancias del mundo; entregándole al mismo tiempo un profundo amor que se manifestó también en la admiración por su obra. Gracias a ella, Escapana, la finca heredada del padre, fue siempre una estancia luminosa de ocios secundos; así como produjo ciertos ingresos para mantener el hogar; y, sobre todo, con la bendición de los ancestros, dio el vino alentador de aquella tarea y de las hermandades literarias.

En 1946 Octavio se convirtió en uno de los más activos gestores de la empresa de mayor trascendencia social y cultural en la historia de Tarija: la organización de la Universidad "Juan Misael Saracho", fundada por mi padre, Federico Ávila. En 1950, Campero Echazú se jubiló y publicó "Voces"; pero continuó trabajando en la universidad como catedrático de Derecho Constitucional, hasta 1959. Por esos años, con su esposa, cuando no pasaban las vacaciones en Escapana, lo hacían en Salta y Buenos Aires. De esos viajes procedían los libros y discos que atesoró el poeta. Mientras tanto su obra era reconocida en su justo valor por estudiosos del Continente y por los críticos nacionales. Esta valorización originó la concesión de distinciones y premios que ningún otro intelectual boliviano de la época lograra. Entre ellos, los que más quiso fueron el de "Maestro de la Juventud tarifeña"; el de "Hijo Ilustre de Tarija"; el Cóndor de los Andes, que le fuera otorgado por su labor pedagógica y poética; un Cóndor de Plata diseñado por Marina Núñez del Prado; el de "Poeta Laureado de la Naturaleza", con una guirnalda de oro, premio de la "Unión Internacional de Poetas Laureados"; la "Gran orden Boliviana de Educación" y el "Premio Nacional de Cultura", que Mariano Baptista Gumucio, como Ministro de Educación y Cultura le entregó a doña Della como homenaje póstumo al poeta.

Lo curioso, aunque no tanto, es que todos esos honores le llegaron precisamente cuando se desarrollaba la desafadora campaña de sobrevaloración en favor de su paisano el versificador.

(Continuará)

Edgar Ávila Echazú
Escritor tarifeño
Académico de la lengua